

tífice, que á la sazón haya la facultad de absolver, que ni aun semejantes ó desemejantes concesiones de indulgencias ó de facultades de esta clase puedan servir á nadie, á no ser que de ellas se haga expresa mencion, así como tampoco la regla de conceder indulgencias *ab instar*; ni los estatutos, costumbres, privilegios de cualesquiera órdenes y congregaciones ó institutos, aun confirmados con juramento, ó por la Santa Sede ú otra cualquiera fuerza, otorgados y por letras apostólicas de cualquier modo concedidos, aprobados ó renovados á dichas órdenes, congregaciones é institutos ó personas; todos los cuales y cada uno de ellos, aun aquellos de cuyo tenor íntegro hubiera de hacerse individua, expresa, específica y especial mencion, ó expresion cualquiera, y no solo por cláusulas generales que dijeren lo mismo, ó hubiere de observarse otra cualquier exquisita forma, dando en las presentes por suficientemente expreso su tenor y por guardadas las fórmulas que hubieren de guardarse, por esta vez especial, nominal y expresamente para el efecto de lo arriba dicho los derogamos, y todo lo demás que hubiere en contrario. Y para que estas nuestras presentes letras, que no pueden llevarse á todas partes, lleguen antes hasta á noticia de todos, es nuestra voluntad que á las copias de ellas ó á sus ejemplares impresos, firmados por algun notario público, y sellados con el sello de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica en cualquiera parte del mundo que sea, se les dé igual fe que se daría á las presentes si se manifestasen ó exhibiesen.

Dado en Roma en Santa María la Mayor con el anillo del Pescador el dia 20 del mes de noviembre del año 1846, primero de nuestro pontificado.

*A. Card. Lambruschini.*

De este modo Pio IX, siguiendo la piadosa costumbre de sus ilustres predecesores, abre al principio de su reinado los inagotables tesoros de la Iglesia á favor de los fieles, deseando que todos, en gracia de Dios, dirijan fervorosas oraciones al cielo por el mejor acierto en sus elevadas funciones de Jefe supremo de la Iglesia.

## CAPÍTULO XI.

### UN SERMON PREDICADO POR PIO IX.—HECHOS DIVERSOS

Y SÁBIAS DISPOSICIONES DE ESTE PONTÍFICE.

SIENDO de dos clases los hechos del augusto personaje cuya historia venimos reseñando, en su doble carácter de Jefe de la Iglesia universal y de Soberano temporal en los Estados romanos, debemos tratar por separado los que dicen órden á la Religion y los mixtos ó sean los políticos. Nos ocuparemos de los primeros hasta la época en que se vió obligado Pio IX á buscar un asilo en Gaeta, y despues fijaremos la atencion en la revolucion que le empujó á abandonar la Ciudad eterna.

Uno de los primeros cuidados de Pio IX fue el remediar la orfandad de las iglesias vacantes, para evitar los males que necesariamente se siguen de estas orfandades. Á este asunto dedicó especialmente los consistorios celebrados en 22 de julio, 21 de setiembre y 21 de diciembre de 1846. En el primero de ellos se proveyeron una silla en los Estados pontificios (Recanati y Loreto unidas), una de la Polonia austriaca (Premislowitz), y la de Puerto-Rico (Indias occidentales), esta á favor del R. P. Fr. Francisco de la Puente, de la diócesis de Leon (España), perteneciente al Orden de Predicadores. En el segundo, tres de los Estados pontificios, la de Imola y la de Anagni; la de Iconio, *in partibus*; y en el último, dos de los Estados pontificios (Montalto y Bagno-rea); tres de Nápoles (Nardó, Termoli y Bisaccío); la de Trieste y Capo de Istria, unidas (Austria); una en Baviera (Eichstett) y dos *in partibus*. De suerte que en la última mitad del año 1846 fueron preconizados seis obispos para los Estados pontificios; dos para los dominios de Austria; tres para Nápoles; uno para las Indias occidentales, dominio de España; uno para la Baviera, y tres *in partibus infidelium*. Además fueron preconizados dos para territorios exentos.

Ya hemos dado á conocer la elegante y afectuosa alocucion que el Santo

Padre pronunció en el primero de los días indicados, en el cual, según costumbre de todos los Papas, al celebrar el primer consistorio se presentó con capa pluvial encarnada y mitra de tela de oro, haciendo la profesión de fe, y prestando juramento de observar las constituciones apostólicas. En el último de los consistorios referidos enriqueció al sacro Colegio creando y publicando cardenal del orden de presbíteros á Mons. Cayetano Baluffi, elevado recientemente á la sede de Imola; y cardenal del orden de diáconos á Mons. Pedro Marini, gobernador de Roma, vicecamarlengo y director general de policía. Además, Su Santidad, creó y reservó *in pectore* otros dos cardenales.

Vamos ahora á dar cuenta de un hecho notable que demuestra toda la caridad que arde en el corazón del bondadoso pontífice Pío IX, y su extraordinario celo por la salvación de las almas. Nos referimos al sermón predicado por Su Santidad en la tarde del 13 de enero de 1847 en la iglesia de San Andrés *della Valle*. Sabido es que cada año se celebra en aquella iglesia con extraordinaria solemnidad la octava de la Epifanía, establecida en 1838 por el célebre P. Ventura de Ráulica, teatino. Durante este octavario se predicaban diariamente tres sermones en italiano, uno á las seis de la mañana, otro á las tres y media de la tarde, llamado el de la *fiesta mayor*, y el último á las seis de la noche. Además de estos sermones se predicaban todos los días otros varios en diversas lenguas. En el año á que nos referimos se predicó en francés todos los días á la una y media de la tarde: el primer día por el Ilmo. Sr. Herce, obispo de Nantes, y los demás por el abate Pablo Geslin: el M. R. P. Santiago, mercenario, y el M. R. P. José de la Purificación, trinitario descalzo de la Congregación de España, predicaron en español los días 7 y 12 á las once de la mañana; á igual hora y en los días 8, 11 y 13, predicaron en lengua inglesa el Ilmo. Sr. Cullen, rector del seminario irlandés, y el M. R. D. Tobías Ckerbi; también á la misma hora y en los días 6 y 10 lo hicieron en alemán el M. R. P. Andrés Huey, redentorista, y el M. R. P. Samuel Siebes.

Los sermones de *fiesta mayor*, es decir, los que se predicaban á las tres y media de la tarde, estaban á cargo del citado R. P. Ventura, cuya fama, como orador sagrado, era tan extraordinaria como justa.

Á las tres del día 13 el magnífico y suntuoso templo de San Andrés *della Valle* estaba ocupado por un inmenso y escogido auditorio, impaciente por escuchar por última vez en aquel octavario la voz elocuente del célebre teatino. Allí se hallaban reunidas las eminencias en todos los ramos del saber humano, teólogos eminentes, renombrados filósofos, sábios médicos, famosos literatos, en una palabra, los hombres más eminentes de la Ciudad eterna, eclesiásticos y seculares.

El P. Ventura tardaba en salir algunos minutos más de lo acostumbrado, lo que empezó á impacientar al concurso. Como es costumbre observar en aquella octava una exactitud matemática en la hora de dar principio á los sermones, se empezaron á manifestar algunos murmullos que alteraban la quietud y el recogimiento propios de la casa del Señor.

Ignoraban la feliz sorpresa que aguardaba al concurso. De pronto se vió salir de la sacristía la cruz papal, á la que seguía inmediatamente el venerable pontífice Pío IX, acompañado del cardenal Patrizi, vicario de Roma.

Todos quedaron atónitos, y la multitud cayó de rodillas á la presencia del sucesor de san Pedro.

Un silencio sepulcral siguió á los anteriores murmullos.

Luego que el Santo Padre hubo orado breves instantes ante el altar mayor, se dirigió con toda su comitiva al palco, en el que á cuerpo descubierto, como se acostumbra en Roma, pronuncian sus discursos los oradores.

No cabía duda de que el Papa iba á llenar las funciones del P. Ventura, predicando el postrer sermón de las fiestas de tarde.

En efecto, el Vicario de JESUCRISTO se preparaba á dirigir su voz á aquella multitud de fieles de diversos países reunidos en San Andrés *della Valle*.

El discurso del Santo Padre entusiasmó á aquella multitud de oyentes que le escucharon con el mayor recogimiento; su acento dulce y afectuoso, su voz argentina, su acción expresiva y su elegante persona vista al descubierto sobre el palco con su magnífico traje, todo contribuía á aumentar el entusiasmo. Tenemos el gusto de poder ofrecer á nuestros lectores un extracto de este sermón del Santo Padre, según lo insertó el *Giornale di Roma*. Es de este modo:

«Hijos míos muy amados: No puedo acordarme del amor que este pueblo me profesa desde que, sin yo merecerlo, fui llamado á ocupar la cátedra de san Pedro; no puedo, digo, recordarlo sin experimentar á un mismo tiempo una alegría y una ternura inexplicables... Ni puedo recordar sin afectarme vivamente las sinceras demostraciones de estimación profunda, de fidelidad y respeto que me habeis dado en los primeros días de mi pontificado y las que en el primer día de este año habeis repetido. No lo habréis olvidado, y yo lo tengo muy presente, lo que en este día hicisteis. En alta voz os invité yo mismo á todos que bendijéiseis el nombre del Señor; *Sit nomen Domini benedictum*, os dije; y todos vosotros (habría más de treinta mil personas) respondisteis á una voz inspirados de los más sinceros afectos: Y bendito sea ahora y para siempre: *Ex hoc nunc in seculum*.

«Esta piedad, esta devoción no puedo menos de celebrarla, de encomiarla; pero al mismo tiempo no puedo ocultaros el hondo pesar que acibara mi alegría al considerar que este nombre augusto de Dios (cuyas veces aunque sin merecerlo yo represento aquí en la tierra) no es para todos un objeto de respeto; el considerar que en esta ciudad, centro del Catolicismo, hay quienes, aunque pocos en número, ultrajan y blasfeman tan santo nombre. ¡Desgraciados! ¡Insensatos que, como dice el Espíritu Santo, arrojan locamente piedras á las nubes cual si no hubiesen de volver á caer sobre sus cabezas! Os encargo, pues, publiquéis por todas partes que nada espero de semejantes hombres que así colman la medida de su ingratitude, blasfemando el nombre santo del comun Padre que á todos nos da la vida y con ella todos los bienes que disfrutamos. Decid, pues, á esos desgraciados que no profanen, que no ultrajen el santo nombre de Dios, que no den ese escándalo en la Ciudad santa; decidles que al obedecer mi voz solo deseais su sincero arrepentimiento. Os pido, pues, hijos míos, y os doy la misión de que, por cuantos medios estén á vuestro alcance, reprimais ese lenguaje infernal, y exterminéis este vicio en la Ciudad santa.

«Debo asimismo dirigiros vivas exhortaciones para contener los lamentables destrozos que causa ese demonio lleno de astucia que serpentea secretamente por las calles de esta ciudad santa, ese vicio abominable, ese *demonio de la lujuria*, que veo con el mayor dolor va cundiendo, según me manifiestan en respetuosas reclamaciones muchos padres de familia cuyo celo no pue-

do alabar bastantemente, y que deploran esa licencia que es preciso reprimir. Contra semejante demonio, el mismo Salvador nos ha enseñado en su Evangelio, debemos emplear dos armas poderosas; la oracion y el ayuno ó la mortificacion: *Hoc genus demoniorum in nullo potest ejici, nisi in oratione et jejuni-  
nio*. Orad, pues, y ayunad, especialmente cuando os lo manda la santa Iglesia, y en la santa Cuaresma que no tardará en comenzar. Con la oracion y el ayuno encadenaréis ese demonio desolador que va asolando la tierra, y que no solamente emponzoña las fuentes de la vida de los individuos, de las familias, de la sociedad toda, sino que causa además la ruina de las almas. Con la oracion y el ayuno se apagará el foco de la concupiscencia; vuestro corazon y vuestro espíritu hallarán en estas prácticas la tranquilidad y la paz, y vuestras buenas obras producirán sazonados frutos que serán del mejor ejemplo, de mayor edificacion para los fieles todos de nuestra ciudad, centro y maestra de nuestra religion santa.

«Despues de estas dos breves y ligeras advertencias solo me resta pedir á Dios que os eche su bendicion. Sí, Dios mio; yo, que no ceso de orar por este pueblo fiel, os le recomiendo de nuevo; echad sobre él una mirada de misericordia, volved á él vuestros ojos misericordiosos: *Respice, Domine, de caelo*. Venid, Señor, y visitad esta viña que vuestra diestra plantó, y que regásteis y fecundásteis con vuestra sangre, y cuyo cuidado me habeis encomendado. *Visita vineam istam, quam plantavit dextera tua*. Pero, Señor, que esta visita no sea una visita de justicia, no sea una visita para castigar á los malos colonos, sino una visita de misericordia que los convierta y los salve. Visitadla, Señor, y al visitarla apartad de ella esa mano de hierro que la abrumba. (*Visitatela, e nel visitarla allontanate quella mano di ferro che pesa sopra di lei*). Visitadla, y al visitarla extinguid todas las discordias, todos los odios, todos los resentimientos que dividen los ánimos, las familias y los pueblos, y los arman á los unos contra los otros. Visitad las familias para que en ellas florezca la fe y la piedad; visitad las generaciones que nacen, é infundidlas los dos mas bellos atributos y caracteres de la juventud, *la docilidad y la modestia*. Visitadla, y al visitarla inspirad á los centinelas de Israel esa virtud, esa prudencia y ese valor de que tanto han menester en nuestros días para defender la grey confiada á su vigilancia y custodia. Visitadla, y al visitarla haced que conozcan y amen vuestra religion santa esos países en que el error y la incredulidad causan tantos destrozos. Visitadla, Señor, y al visitarla derramad vuestras bendiciones y gracias sobre la Europa en particular, y sobre todo el universo católico á fin de que no formemos todos mas de un solo redil. Dignaos, Dios mio, oír mi oracion y hacer que este pueblo, esta ciudad y el mundo entero experimenten los benéficos efectos de vuestra inefable misericordia.»

Tal fue en brevísimo compendio el sermón pronunciado por los augustos labios del sumo pontífice Pio IX. Muchos años hacia que no se habia oído predicar á un Papa, por cuya causa fue mayor el entusiasmo de los que tuvieron la dicha de escucharle. La palabra de Dios siempre es fructuosa; pero es indudable que tiene mas autoridad y produce mas sazonados frutos cuanto mas elevada es en dignidad, y principalmente en virtudes, la persona que al distribuirla es órgano de la Sabiduría divina. ¿Qué efecto, pues, no causaria esta palabra evangélica pronunciada por el Rector de la cristiana ley, el que ha recibido todo poder en el cielo y en la tierra, el que se sienta en la cátedra infalible de Pedro? ¿Quién podria resistir á la fuerza del espíritu divino que

anima sus palabras y confirma sus sentencias? No extrañamos, por lo tanto, que las frases pronunciadas por Pio IX quedaran impresas en el corazon de cada uno de sus entusiasmados oyentes.

Luego que hubo terminado el sermón, el Santo Padre dió la bendicion con el Santísimo Sacramento que fue reservado en seguida. Entonces empezaron las mas vivas aclamaciones, y la multitud siguió detrás del carruaje del bondadoso Pontífice victoreándole hasta que hubo entrado en el Quirinal. Los que habian asistido á la funcion referian despues por todas partes lo que habian visto y oído, y un anatema general se pronunciaba contra los vicios que habian sido combatidos por el oráculo de la fe.

Otro acto no menos notable que el que acabamos de referir tuvo lugar al poco tiempo en uno de los salones del palacio Quirinal.

Es costumbre en Roma que todos los años, en el jueves que precede á la dominica de Quincuagésima, todos los predicadores que en la inmediata Cuaresma han de predicar en las basílicas y demás iglesias en la ciudad y sus extramuros se presenten al cardenal vicario para recibir las instrucciones convenientes y prestar el acostumbrado juramento de Pio IV.

En dicho día de 1847 habianse reunido en la vasta galería del Quirinal, presidiendo la reunion el Ilmo. Sr. Canali, patriarca de Constantinopla y vicepresidente del cardenal vicario. Un religioso leyó en alta voz la profesion de fe de Pio IV, que resume la doctrina de la Iglesia formulada en el concilio de Trento, repitiéndola palabra por palabra todos los circunstantes, yendo luego de uno en uno á prestar el juramento.

Concluido este acto, faltaba tan solo la instruccion que habian de recibir del cardenal vicario ó de su vicegerente. Cuando esperaban que esto se verificase, se les hizo pasar á la sala del trono, donde á los pocos momentos se presentó el Santo Padre, el cual despues de bendecirlos, les dirigió las palabras siguientes:

«Hermanos míos muy amados: La palabra de Dios es un bien tan grande que imposible nos seria expresarlo si su solo nombre no fuese su mayor elogio. Cuanto de bueno hay en vuestras almas y en el mundo todo, fruto es de la divina palabra, cuya predicacion cambia la faz del mundo. Todos los tesoros de la religion benéficos son de la palabra divina, y la religion misma no es otra cosa que la palabra de Dios que descendió en medio de nosotros, que se comunicó á los Apóstoles, por cuyos sucesores ha llegado hasta nosotros con la misma fuerza y eficacia; de tal modo que no formamos mas de una cadena que descende de Dios, y cuyos eslabones tienen cada uno toda la fuerza de la cadena entera y de su principio.

«Doy gracias al Señor por este singular beneficio, y le pido en este momento que el Espíritu de Dios descienda sobre vosotros que vais á predicar la divina palabra, ya vayais á predicarla con energía, ya con dulzura. Si predicais con energía las verdades eternas, fortaleceréis á los débiles contra los errores ó ilusiones del mundo, y con el temor del juicio terrible de Dios contendréis á los injustos. Si os proponéis predicar con dulzura las misericordias del Señor, convertiréis los pecadores, quebrantaréis sus corazones, llenándolos de la esperanza y deseo del perdón de Dios, volveréis al aprisco las ovejas descarriadas, curaréis sus llagas, y volveréis la vida á sus almas.

«Clamad, pues, contra el pecado con santa severidad, pero recibid á los pecadores con santa dulzura.

«Deber es de todo cristiano, y con mayor razon lo es de todo sacerdote, imitar á JESUCRISTO en todas las virtudes de que nos dió ejemplo, é imitarle especialmente en lo que de él quieren darnos á entender estas dos palabras: *Capit facere et docere.* (Act. 1). Hacer antes de enseñar; si, es menester que antes de enseñar hagais, practiqueis lo que vais á enseñar; es menester que seais santos, pues la santidad triunfa del mundo; sed lo que nos encarga el Apóstol: *Exemplum estote fidelium in verbo, in conversatione, in charitate, in fide, in castitate.*

«Veinte ó veinte y un años hace que ejerzo el ministerio; he visto el mundo y sus malicias; pero jamás he oido, ni aun de boca de los impíos, maledicencia y murmuraciones tan escandalosas como las que proferia la boca de los malos eclesiásticos sembrando la peste en medio de la grey del Señor: *Estote exemplum in verbo et in conversatione.*

«*Et in charitate.* El carácter de la mision divina es la caridad para con todos; su principal señal es evangelizar á los pobres. Cuando el Bautista, queriendo enseñar á sus discípulos acerca del Salvador, les envió á Jesús para que le preguntaran si él era el Mesías, dióles JESUCRISTO por última prueba de su mision divina el que él evangelizaba á los pobres, y á los pobres de todas clases y condiciones. Porque los hombres todos son pobres, y se ven precisados á mendigar el alimento espiritual en la palabra divina, pidiendo la luz de la fe, la fuerza de la esperanza y el fuego de la caridad. Distribuid, pues, á todos, sin distincion de estados y condiciones, esta limosna celestial, preparando los caminos del Señor, reprendiendo ó consolando segun cada cual haya menester de reprension ó de consuelo, á fin de atender y socorrer todas las miserias.

«*In castitate.* Vosotros, los que diariamente por espacio de muchas horas ejercéis el ministerio de jueces y de médicos en la administracion del sacramento de la Penitencia, para desatar las ligaduras del pecado y curar su lepra, vosotros comprenderéis perfectamente cuán necesaria es al sacerdote la virtud de la castidad.

«Por último, *in fide.* Sois los apóstoles de su fe; es, pues, preciso seais hombres de una fe viva, modelos de los fieles, porque necesario es que el mundo todo vea que todas vuestras acciones son dictadas por la fe.

«Dos clases de males teneis principalmente que combatir, porque inundan nuestro siglo; la vanidad del espíritu y el endurecimiento del corazon. Pero, si sois imitadores de JESUCRISTO, vuestras palabras, llenas de Dios, cual soplo de un viento impetuoso, disiparán el humo de toda esa vanidad. Si sois imitadores de JESUCRISTO, vuestras palabras irán abrasadas en caridad, y ante este fuego los corazones endurecidos se ablandarán cual se derrite la cera, *tamquam cera liquescens.*»

Muchas y á cual mas curiosas son las anécdotas que se refieren de Pio IX en los primeros tiempos de su pontificado, y que contribuyeron á esa gran popularidad que adquirió entre las clases de Roma. Como en algunas de ellas puede haber exageracion, referirémos aquí tan solo una que podemos tener por verdadera.

Una familia pobre y desgraciada, compuesta de una viuda y dos hijas, pidió un socorro al Santo Padre por medio de un memorial. Quiso Pio IX informarse por sí mismo, y á este efecto, vestido de simple eclesiástico y acompañado tan solo de su secretario, Mons. Corboli Bussi, se dirigió á la habitacion

de la pobre viuda, en la que vió por sus propios ojos que no habia nada de exageracion en la pintura que se le habia hecho sobre el estado de aquella familia. Entonces dejó allí una abundante cantidad de dinero, ocasionando un accidente á la pobre viuda y extraordinaria sorpresa á las hijas, que por lo crecido del donativo y por las palabras que les dirigió el Santo Padre conocieron quién era el bienhechor.

El Sumo Pontífice hizo objeto de uno de sus mayores cuidados la reforma de las Órdenes religiosas. Desde que subió á ocupar la cátedra de san Pedro, fijó Pio IX su atencion en un asunto de tamaña importancia, lo que dió á conocer por sus primeras disposiciones. Por su orden la Congregacion de obispos y regulares dirigió una circular á los generales y superiores de todas las corporaciones religiosas, previniéndoles que presentasen un estado de todas sus casas respectivas que existian en los Estados romanos, del número de religiosos que habia en cada una de ellas, y de las rentas con que contaban, ora en bienes raíces, ora en rentas sobre el Estado. Al mismo tiempo los empleados en las oficinas del timbre y del registro de la propiedad recibieron la orden de formar un estado de todos los contratos de compras y ventas que habian sido hechos por las corporaciones religiosas durante el último quinquenio. Luego que estuvieron recogidos estos datos, se nombró una Junta especial de cardenales para que examinase con el mayor detenimiento aquellos estados. Al poco tiempo fueron suprimidas algunas casas religiosas, aunque en muy corto número, por tener muy pocos individuos, y sus rentas se aplicaron, bien á alguno de los obispados pobres que hay en Italia, bien á algun otro instituto regular cuya pobreza y utilidad eran reconocidas.

Mas tarde apareció la encíclica que vamos á reproducir, aplazando para despues de su insercion las reflexiones que nos sugiere su contenido.

*Carta encíclica de nuestro santísimo padre por la divina Providencia, Pio Papa IX, á todos los generales, abades, provinciales y demás superiores de las Órdenes regulares.*

#### PIO PAPA IX.

Amados hijos varones religiosos, salud y bendiccion apostólica.

Tan luego como por los secretos designios de la divina Providencia fuimos encargados del gobierno de la Iglesia universal, no tuvimos otra cosa mas en nuestro corazon, entre la multitud de cuidados y desvelos de nuestro ministerio apostólico, que el manifestar á vuestras religiosas familias el singular afecto de nuestra paternal caridad, ampararlas con todas nuestras fuerzas, escudarlas, defenderlas y procurar con todo nuestro poder su mayor bien y esplendor. Ellas, en efecto, establecidas por varones santísimos, inspirados por el divino Espíritu, para procurar la mayor gloria de Dios omnipotente y la salvacion de las almas, y confirmadas por esta Silla apostólica, constituyen con su múltiple forma aquella hermosísima variedad que admirablemente circunda á la Iglesia, y forman aquellas escogidas legiones auxiliares de Cristo que tanto sirvieron siempre, adornaron y defendieron así el Cristianismo como á la sociedad civil; porque llamados sus individuos por un singular beneficio de Dios á la profesion de los consejos de la evangélica sabiduría, y reputándolo todo como detrimento por la eminente ciencia de JESUCRISTO, despreciando con ánimo esforzado é invicto todo lo terreno, y mirando únicamente

á las cosas celestiales, *se les vió siempre* insistir en estas esclarecidas obras y consagrarse á trabajos gloriosos, con lo cual merecieron bien de la Iglesia católica y de la sociedad civil. No hay en verdad quien ignore ó pueda ignorar que las familias y Órdenes religiosas, ya desde los primeros dias de su institucion, brillaron por la multitud de varones que, insignes por su copiosa erudicion y vasto saber en todo género de ciencias, radiantes de gloria por su santidad y todo género de virtudes, ilustres además por sus honrosas dignidades y abrasados en ardiente amor á Dios y á los hombres, y hechos un espectáculo á los ojos del mundo, de los Ángeles y de los hombres, no tenían otro placer que consagrarse dia y noche, y con el mayor afan y conato, á la meditacion de las cosas divinas, llevar en su cuerpo la mortificacion de Jesús, propagar la fe católica y la doctrina desde el Oriente hasta el ocaso y pelear valerosamente por ella; llevar con gusto las acerbidades, tormentos y suplicios de todo género, y hasta perder su propia vida; sacar á los pueblos rudos y bárbaros de las tinieblas de los errores, de la ferocidad de sus costumbres y del cieno de los vicios, y atraerlos á la luz de la verdad evangélica, al cultivo de toda virtud y al trato de la sociedad civil; cultivar la literatura, las ciencias y las artes; defenderlas y rehacerlas de sus ruinas; formar maduramente en la piedad y buenas costumbres los tiernos entendimientos de los jóvenes y sus corazones blandos todavía como la cera, é imbuirlos en sanas doctrinas, y traer á la senda de la salud á los que yerran. Ni es esto todo; porque, pertrechados de entrañas de misericordia, no hay género alguno de caridad heroica que no hayan practicado hasta con peligro de su propia vida, para ofrecer con el mayor amor todos los auxilios de la beneficencia cristiana á los cautivos y presos, á los enfermos y agonizantes, á todos los pobres y miserables y desgraciados, mitigar su dolor, enjugar sus lágrimas, y proveer por todos los medios posibles á todas sus necesidades.

De aquí es que los Padres y Doctores de la Iglesia tributaron justísimamente los mayores elogios á los que profesaban la perfeccion evangélica, y *pelearon denodadamente contra sus impugnadores, que temerariamente propagan son inútiles estos sagrados institutos y perjudiciales á la sociedad.* Los romanos Pontífices, nuestros predecesores, amando siempre con benévolo afecto las Órdenes regulares, nunca dejaron de cubrirlas y escudarlas con su autoridad y condecorarlas con los mayores privilegios y honores, porque sabian muy bien los muchos y grandes bienes que de dichas Órdenes ha reportado en todos tiempos la Iglesia universal. Y tan solícitos fueron de esta mejor parte del campo del Señor nuestros mismos predecesores, que apenas supieron que el hombre enemigo sembraba ocultamente la zizaña en medio del trigo, y que las raposuelas talaban los florecientes tallos, cuando sin dilacion alguna dedicaron toda su solicitud á destruir y arrancar de raíz cuanto pudiese impedir que la buena simiente que se habia sembrado produjera copiosos y sazonados frutos. Por esta causa nuestros predecesores, de feliz recordacion, Clemente VIII, especialmente, Urbano también VIII, Inocencio X, Alejandro VII, Clemente IX, Inocencio XI é Inocencio XII, Clemente XI, Pio VII y Leon XII, ya con saludables acuerdos, ya con sábios decretos y constituciones, emplearon sin intermision toda su vigilancia y providencia pontificia en extirpar enteramente todos los males que por efecto de las tristes circunstancias de los tiempos y de las cosas se habian deslizado en las comunidades religiosas, y en defender ó restaurar en ellas la disciplina regular.

Nos, pues, movido del sumo afecto que á dichas Órdenes profesamos, emulando los ilustres ejemplos de nuestros antecesores, y siguiendo especialmente las sábias determinaciones de los Padres del concilio Tridentino (*Sessione xxv de Regular. et Monial.*), hemos determinado, en cumplimiento del ministerio de nuestro supremo apostolado, dedicar á vuestras religiosas familias nuestra solicitud con el objeto de si hay en ellas algo débil consolidarlo; si enfermo sanarlo; si roto pegarlo; si perdido encontrarlo; si caido levantarlo; á fin de que revivan por todas partes la integridad de costumbres, la santidad de vida, la observancia de la disciplina regular, las letras, las ciencias, especialmente las sagradas, y las leyes peculiares de cada Orden, y de dia en dia estén mas pujantes y florecientes. Pues si bien nos causa extraordinario y santo regocijo en el Señor el ver hay muchos individuos de esas sagradas familias que, teniendo presente su santísima vocacion, y distinguiéndose por sus virtudes y copiosa erudicion, procuran cuidadosamente seguir las ilustres huellas de sus padres, trabajar en el ministerio de salud y difundir por todas partes el buen olor de CRISTO; duélenos, sin embargo, se hallen *algunos* que, olvidados de su profesion y dignidad, de tal modo se hayan desviado del instituto y regla que abrazaron, que, no sin gravísimo daño de las mismas Órdenes y de los fieles, llevan únicamente la apariencia y hábito de piedad, y con su vida y costumbres desmienten la santidad, el nombre y hasta el vestido del instituto en que profesaron.

Así, pues, amados hijos, los superiores de las mencionadas Órdenes, os dirigimos estas letras, portadoras de la expresion de nuestro particularísimo afecto á vosotros y á vuestras Órdenes religiosas, y en las que os damos parte del acuerdo que hemos tomado de restaurar la disciplina regular; acuerdo que únicamente se encamina á que con el auxilio de Dios podamos establecer y llevar á cabo cuanto sea mas conducente á alcanzar y defender *la conservacion y prosperidad de cada religiosa familia*, á procurar la utilidad de los pueblos, amplificar el culto divino y promover la gloria de Dios. Y al querer restablecer en vuestras Órdenes la disciplina, proponémosos especialmente el poder encontrar en dichas Órdenes activos é industriosos operarios no menos sábios que piadosos, perfectos hombres de Dios y dispuestos para toda obra buena, de los cuales podamos valernos para cultivar la viña del Señor, propagar la fe católica, especialmente entre los pueblos infieles, y deliberar acerca de los gravísimos negocios de la Iglesia y de esta Silla apostólica. Mas, para que un asunto de tanta importancia obtenga prósperos y felices resultados para la religion y para las mismas Órdenes religiosas, que es lo que mas deseamos, y se alcance el fin apetecido, siguiendo el ejemplo de nuestros predecesores, establecemos una congregacion particular de nuestros venerables hermanos cardenales de la S. R. I., que denominamos *de la situacion de las Órdenes regulares*, por cuyo medio nos ayuden en tamaña empresa nuestros venerables hermanos con su saber, su prudencia, sus consejos y su práctica en los negocios.

Pero también contamos con vosotros, amados hijos, para llevar á cabo esta obra, y os amonestamos encarecidamente en el Señor, y os exhortamos y rogamos con las mayores instancias tengais á bien cooperar con toda presteza y placer á estos nuestros deseos y proyectos, á fin de que brille de nuevo vuestra Orden con su primitiva dignidad y esplendor. Así, pues, segun el puesto que ocupais y la dignidad de que estais revestidos, no omitais cosa al-